

BONETA Y MIRO PEDRO

Entrados en el siglo XII, Gallur, tras ser reconquistado por Alfonso I, El Batallador, recuperaba el pulso de una relativa normalidad. La localidad, que suponía la frontera occidental del Reino de Aragón a la altura del Valle del Ebro, seguía siendo objeto de movimientos de tropas por las desavenencias del Rey con las cercanas tierras de Castilla.

En aquel entorno existían dos personajes llamados a encarnar una bonita historia de amor, Boneta y Miro Pedro.

Boneta, de la familia de "las Jimenas", era una moza adelantada a su tiempo, de una hermosura sobria y mirada cautivadora, era una mujer culta e interesada por todo lo que ocurría a su alrededor, contrastaba con el resto de sus hermanas, que en el trasfondo de una rica familia mozárabe de Gallur, preparaban su vida para el matrimonio con algún caballero de noble cuna y mejor hacienda, como mandaban los cánones en aquel tiempo.

Miro Pedro, era un Caballero al servicio del Batallador, que gozando de toda la confianza del Rey, era el Señor dueño y custodio de la Iglesia de Gallur y propiedades, lo cual, siendo conscientes de la religiosidad del Rey, le hacía prácticamente ser el hombre más poderoso del pueblo. Sin embargo Miro, siendo un hombre cíegamente entregado a la causa de la cristiandad, su ascendiente militar, le proporcionaba un carácter austero, sencillo y generoso con la plebe, rehuendo la vida onerosa y estentorea de los nobles de buena casa.

Miro y Boneta eran dos personas alejadas en la edad, 31 y 16 años, pero cercanas en la mirada, en el trabajo, en el son del latir de sus corazones. Boneta, comprometida en labores de gestión y gobierno local ganose el reconocimiento y la atención de Miro. La historia de un amor imposible, la familia de Boneta, aunque sentía aprecio por su nuevo señor, nunca entendería entre su familia, figura de hombre tan regio y poco dado a la frivolidad, como pobre en sus avales. Por otro lado Miro, sin hacer voto de castidad, obraba por seguir su camino ejemplar en pro de extender el mejor espíritu del evangelio, renunciando a todo que pudiera distraerle de tan sagrada tarea. Sin embargo, el corazón del regidor sentía punzadas de dolor, que iban creciendo en la medida que fijaba siquiera una mirada en esa mujer tan atípica como hermosa en la que se iba convirtiendo Boneta.

Sólo ellos sabrán las cuitas que hubiere lugar, puesto que Miro, con el tiempo, siguiendo la confianza de los pasos de su Señor, Alfonso, partió hacia tierras lejanas, no sin antes dejar una villa encauzada en el terreno de la justicia, la paz y el orden. Boneta, que acabó de ilustre escribana en la localidad, siguió fiel a su eterno amor, nunca conocido concluso.